

Jose Manuel Cortes Ceron

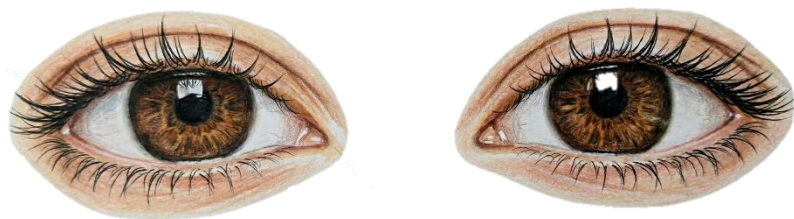


LO QUE VI EN TUS OJOS

Y no me supe explicar



Lo que vi en tus ojos
y no me supe explicar



Para Xóchitl Márquez Contreras,

Cuya mirada fue el único argumento capaz de vencer mi lógica y cuyo nombre se convirtió en la única palabra que mi silencio no pudo callar.

Te dedico estas páginas no solo como un relato de cómo nos encontramos, sino como el testimonio del hombre que era y del hombre en el que me convertiste. A ti, que sin saberlo y sin proponértelo, tomaste la pluma de mi destino y escribiste, con la luz de tus ojos, la parte más hermosa y verdadera de mi vida.

Parte I

El Arquitecto Del Invierno

Prólogo - **El Corazón de Silicio**

Es una verdad que yo mismo había comprobado con la inamovible rigidez de una ecuación: que un hombre forjado en el yunque de la autosuficiencia absoluta tiende a erigir muros tan vastos que, al transcurrir el tiempo, su piel termina por desaprender el tacto del sol.

En aquellos días, mi identidad no residía simplemente en el nombre de Jose; yo era, en esencia, un autómatas de la razón, un arquitecto dedicado con celo a la construcción de mi propio y gélido aislamiento.

Mi intelecto hallaba refugio en la precisión del código, pues los sistemas no traicionan y los algoritmos no conocen el dolor; ellos no admitían el desorden de las pasiones ni las inciertas variables del afecto que tanto miedo me daba procesar.

Aquella frialdad no era un rasgo caprichoso del temperamento, sino mi armadura más sofisticada. Era el blindaje que me vi obligado a soldar tras haber navegado tormentas que amenazaron con extinguir mi luz antes de que mi juventud siquiera despuntara.

Habiendo lidiado con batallas que habrían quebrado espíritus más débiles, y sumido en una soledad que me forzó a ser mi propio báculo y único confidente —lecciones de un rigor que ningún joven debería sufragar por su cuenta—, abracé la convicción de que solo mi propia sombra era digna de confianza.

La autosuperación se convirtió en mi liturgia y la autosuficiencia en mi credo innegociable que mantenía mi sistema operativo en marcha.

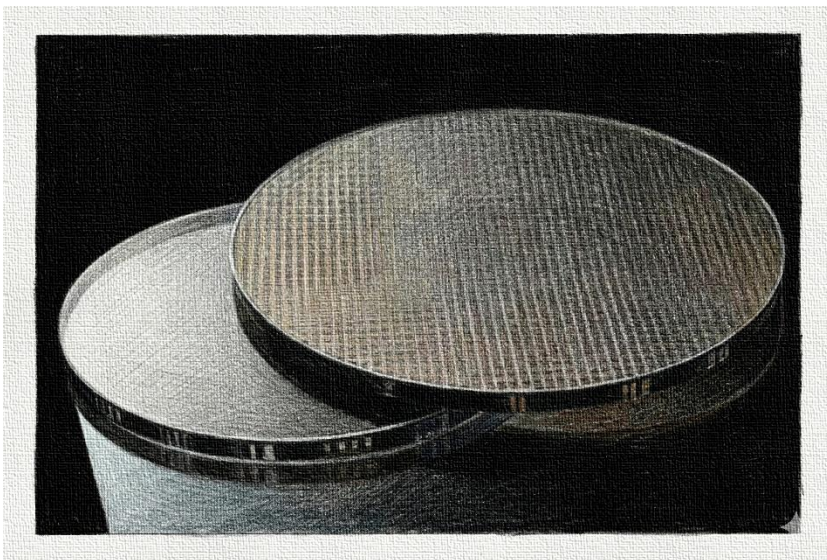
Transitaba por el mundo en una soledad elegida, desplazándome entre las multitudes como un espectro que observa con desdén, pero que prohíbe terminantemente ser tocado.

Hallaba mi santuario en la abstracción de mis proyectos y en el silencio sepulcral de mi estudio, herramientas diseñadas para ignorar un vacío que, ante los ojos de mi lógica, simplemente no existía.

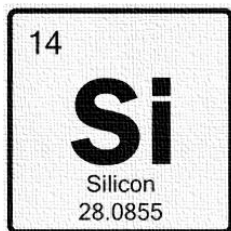
Aún hoy me estremece el recuerdo de mi incapacidad para conectar con los demás; me había vuelto tan eficiente en mi aislamiento que cualquier petición externa, por pequeña que fuera, la percibía como una intrusión en mi vida, y por lo cual jamás aceptaba nada de nadie y con palabras frías lo hacía saber. Aunque no hay malicia en mis palabras, sino la aplicación estricta de una norma interna: para el hombre frío que yo era, las carencias ajenas no eran más que errores de sistema que no debían corromper la limpieza de mi código fuente, lo que quiero decir es que si no me afectaba a mí sinceramente no me importaba. Vivía bajo la ilusión de que mi soledad era mi baluarte, ignorando que mi espíritu, cansado de luchar solo, aguardaba en secreto un resplandor capaz de derretir mis muros de silicio.



"La ciudad a través de mi propio cristal: un espectador de la lluvia, protegiendo mi invierno de cualquier rastro de sol."



El Silicio



Es un elemento químico metaloide, fundamental en la fabricación de semiconductores. Es la base sobre la cual se construye toda la arquitectura de la computación moderna debido a su estructura cristalina y su capacidad para controlar el flujo de electricidad.

Durante mucho tiempo, mi vida fue como el silicio: pura, rígida y semiconductora. Estaba centrado en mi propia estructura, en mis proyectos y en mi estudio, funcionando bajo leyes exactas y sin permitir que nada alterara mi flujo. Creía que ser "cuadrado" y resistente era la única forma de procesar la realidad sin romperse.

Sin embargo, el silicio por sí solo es inerte. **Necesita de una chispa, de una energía externa para cobrar vida y procesar información.** Tú fuiste esa energía que llegó a mi mundo para demostrarme que incluso la estructura más rígida puede transformarse en algo hermoso cuando se le da un propósito.

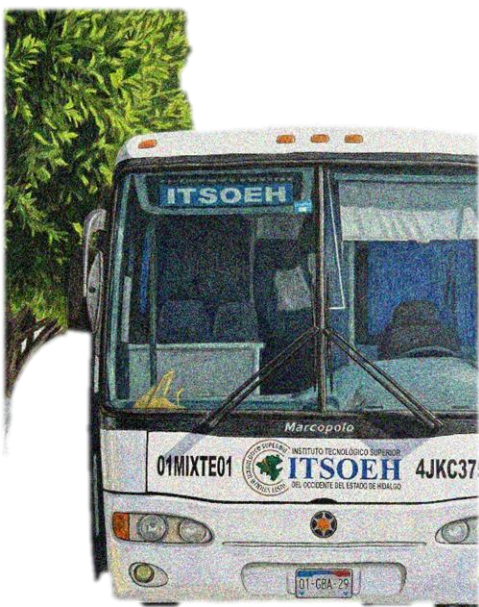
Capítulo 1

El Espejismo y el Juicio

El destino, en su infinita y a veces irónica sabiduría, decidió que mi barrera de silicio no sería derribada por un gran estruendo, sino por un simple reflejo. Fue durante aquel viaje escolar hacia Puebla, un trayecto que para mi mente técnica no era más que una transferencia de datos de un punto A a un punto B.

Yo habitaba en mi propio mundo, un ecosistema de tecnología y muros barreras donde solo permitía la entrada a unos pocos.

Debo confesarlo: en ese momento, tú no eras más que ruido en mi señal. Te observé conviviendo, mientras tomabas cerveza y rodeada de un bullicio que me resultaba ajeno y, hasta cierto punto, irritante. Mi juicio fue inmediato y severo: eras una persona que no compaginaba con mi estructura, un elemento caótico que no tenía lugar en mi sistema de orden y frialdad. Te descarté sin dudarlo, convencido de que nuestras frecuencias jamás podrían sintonizar; me convencí de que yo era una transmisión en AM, rígida, plana y limitada, mientras que tú parecías una frecuencia en FM, vibrante, compleja y fuera de mi alcance. En mi mente, éramos dos señales operando en bandas tan distintas que cualquier intento de enlace solo produciría una interferencia insoportable.



"Había empezado por juzgarte con la severidad de quien teme ser conmovido, sin saber que mi juicio era solo la última defensa de un corazón que ya se sabía vencido."

La tensión aumentó cuando me vi al volante de mi camioneta, y mis ahora amigos, en un arrebato de travesura, me presentaron con otro nombre. En mi confusión, no los desmentí; por un instante, me aterrorizó que vieras quién era yo realmente y preferí ser un extraño ante la mujer que, sin saberlo, estaba reescribiendo mi presente. Así que termine conduciéndote hacia una fiesta a la que yo no pertenecía. Por mi mente no pasaba ni un solo pensamiento sobre ti; me dabas igual, una variable irrelevante en mi ecuación del día. Sin embargo, ocurrió el fallo crítico. Mis ojos buscaron, casi por una inercia de la que aún me arrepiento de no haber comprendido antes, el espejo retrovisor. Y ahí estabas tú.

No fue una imagen nítida de inmediato, sino un impacto visual que mi lógica se negó a procesar. Vi tus ojos. Eran de un café tan vibrante, tan cargado de una vida que yo me negaba a sentir, tan lindos que parecieron desafiar la penumbra de la cabina. En ese pequeño marco de cristal, tu mirada se convirtió en un faro inesperado que, con una delicadeza abrumadora, encontró las grietas en mi armadura; fue como si la luz de tus ojos café hubiera decidido reclamar un lugar en el centro mismo de mi alma, convirtiéndose en la única imagen capaz de dar sentido a todo el ruido del mundo.

Al dejarte en tu destino y emprender el camino de regreso a casa, el silencio en el interior de la camioneta se volvió una carga insoportable. Durante toda esa hora de trayecto, no hubo música que pudiese llenar el vacío ni planes de ingeniería que distrajeran mi mente; solo persistía el eco punzante de tus ojos color café grabados en mi memoria. Experimenté una emoción que no figuraba en ninguno de mis manuales: el temor lacerante de haberme equivocado al juzgarte.

Para mi postura profundamente conservadora, forjada en una disciplina de principios estrictos y una búsqueda incesante de la virtud, la imagen de una mujer entregada al bullicio de los bares y la convivencia ligera resultaba incompatible con el ideal de seriedad que yo exigía.

En mi mente, la mujer de mi vida —aquella destinada a ser la madre de mis hijos y la guardiana de mi hogar— no podía verse envuelta en tales actividades; mi juicio dictaba que quien buscaba el ruido de la fiesta no podía ofrecer la paz del compromiso. Fue una batalla constante y agotadora contra mis propios prejuicios, una lucha donde intenté justificarme desesperadamente que no podía, ni debía, enamorarme de ti. Me repetía a mí mismo que no tenía razón alguna para sentir este anhelo, pues en el ordenado y rígido sistema de mis convicciones, simplemente no tenías cabida.

Sin embargo, en los días subsiguientes, la realidad se encargó de demostrarme que mi juicio no había sido más que una construcción frágil ante la verdad de tu existencia. Al verte caminar por los pasillos de la universidad, comprendí con una claridad dolorosa que mi soberbia —esa consejera silenciosa que se alimentaba de mi supuesta superioridad moral— había sido mi peor error de cálculo.

Cada vez que tu figura cruzaba mi campo visual en la universidad, se producía una anomalía que mi sistema no podía ignorar: había un resplandor en tu presencia, una luz de autenticidad tan pura que atravesaba cualquier prejuicio como si mis muros fueran de cristal y no de acero. Era una frecuencia de luz que mi "invierno" ya no era capaz de filtrar. Me debatía en un duelo constante; intentaba apartar la mirada, obligándome a concentrarme en mis circuitos o mis códigos, pero mi atención se desviaba hacia ti con una fuerza gravitatoria.

Me repetía a mí mismo que lo nuestro no solo era improbable, sino físicamente imposible. Éramos mundos antagónicos: yo, un hombre de TI encerrado en la rigidez de una postura conservadora que buscaba una quietud casi monacal; y tú, envuelta en esa aura de vitalidad, convivencia y bullicio que yo tanto temía. Según mis manuales, no había forma de que nuestras señales coexistieran sin destruirse.

Pero así pasó el tiempo, en una vigilia constante donde mi mente decía "no" mientras mis ojos te buscaban en cada rincón. Fue entonces cuando la física más básica venció a mi ingeniería social: comprendí que el magnetismo no pregunta por esquemas ni por pasados. Los polos opuestos, por más que intenten negarse, están condenados por las leyes del universo a atraerse con una fuerza que ninguna voluntad —por más conservadora o rígida que sea— puede llegar a contener.

"A veces, la interferencia más ruidosa no es un error del sistema, sino el preludio de la sintonía más perfecta que el alma puede alcanzar."



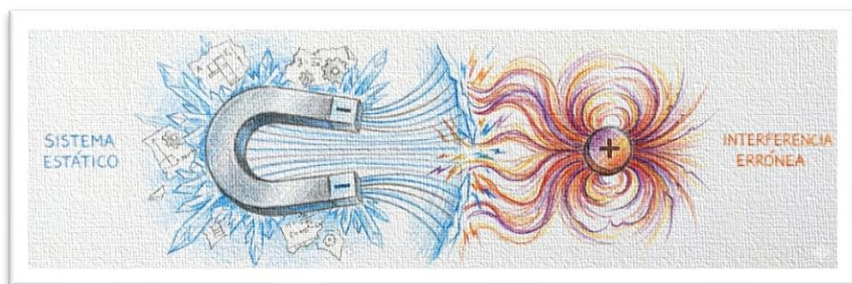
La Sintonía de las Señales



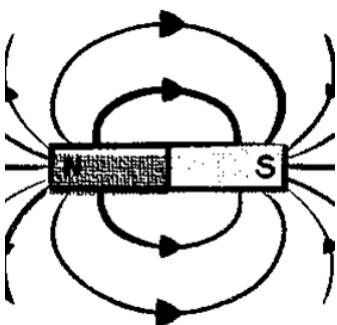
Es la técnica de procesar una señal portadora para que pueda transportar información. Mientras que la Amplitud Modulada (AM) varía la potencia de la señal de forma lineal y es altamente sensible al ruido, la Frecuencia Modulada (FM) varía la velocidad de la onda, permitiendo una transmisión de mayor fidelidad, resistencia a la interferencia y una riqueza de matices superior.

Durante mucho tiempo, mi vida fue una transmisión en AM: rígida, plana y limitada por el alcance de mis propios muros. Me sentía seguro operando en una banda estrecha, donde mis principios conservadores actuaban como un filtro para evitar cualquier "interferencia" que no encajara en mi estructura de vida. Creía que mantener una señal constante y predecible era la única forma de proteger mi sistema después de tantas tormentas.

Sin embargo, tú apareciste como una frecuencia en FM, vibrante, compleja y totalmente fuera de mi sintonía inicial. Lo que mi juicio detectaba como ruido era, en realidad, una fidelidad de vida que yo no conocía. Tú fuiste esa señal que llegó para demostrarme que el amor no se trata de mantener la amplitud controlada, sino de tener el valor de cambiar de frecuencia para descubrir un mundo lleno de colores y matices que mi invierno nunca pudo procesar.



El Magnetismo



El magnetismo es un fenómeno físico por el que los objetos ejercen fuerzas de atracción o repulsión sobre otros materiales. En el caso de los imanes, los polos opuestos generan un campo de atracción tan poderoso que la distancia entre ellos se reduce de forma inevitable hasta la colisión. Es una ley fundamental del universo que no depende de la

voluntad, sino de la naturaleza misma de las cargas.

Durante mucho tiempo, mi vida fue un sistema estático, diseñado para repeler cualquier variable que no fuera "correcta" o "seria" según mi postura conservadora. Yo me consideraba un polo negativo, cargado de la frialdad de mi invierno. Creía que mi "carga" me protegía de personas como tú, a quienes mi juicio clasificaba erróneamente.

Sin embargo, el Magnetismo me enseñó que no se puede luchar contra la física del alma. Tú apareciste como el polo positivo, irradiando una vitalidad. Aunque intenté justificarme, ocultarme tras otro nombre o apartar la mirada en los pasillos, la fuerza que me arrastraba hacia ti era exponencial. Comprendí que nuestras diferencias no eran un error de sistema, sino la razón exacta por la que estábamos destinados a unirnos: porque solo una luz como la tuya podía dar equilibrio a la oscuridad de mi propio campo magnético.

Capítulo 2

Protocolo de Enlace

El Umbral de la Cafetería

El azar suele ser el arquitecto de los encuentros más inoportunos para quien ha jurado lealtad a la soledad. Aquella tarde, me hallaba rondando la universidad así que me dirigí a la cafetería de la universidad, un recinto saturado de un bullicio que mi espíritu solía evitar con diligencia, pero ese día justamente vi que no había tanta congestión de gente. Mi presencia allí obedecía a una necesidad puramente transitoria: aguardaba el inicio de mi instrucción en la lengua inglesa, es decir, mi clase de inglés, y un vaso de agua era el único pretexto que me permitía ocupar un espacio en aquel ruidoso santuario.

Sin embargo, mi atención, siempre analítica y predispuesta al orden, fue asaltada por tu figura. Estabas rodeada de amistades que, a mis ojos, carecían de la gravedad que yo exigía al mundo. Sentí entonces una pulsión que desafiaba mis cortafuegos habituales: la imperiosa necesidad de acercarme. Con la parsimonia de quien calcula un riesgo sistémico, me aproximé y me uní al grupo. Buscaba entablar una conversación, un intercambio de datos que validara o refutara el magnetismo que tus ojos habían sembrado en mi memoria durante aquel viaje a Puebla.

Pero la comunicación no fluyó con la limpieza de una fibra óptica. Me encontré con un obstáculo humano, un joven cuya conducta delataba una pretensión que mi instinto detectó al instante. Este individuo, movido por un afecto hacia ti que su falta de decoro no lograba ocultar, se convirtió en una fuente de interferencia constante. Cada frase que yo intentaba dirigirte era interrumpida por sus comentarios impertinentes, actuando como un *firewall* primitivo que intentaba bloquear una conexión que ya se sentía inevitable.

Yo le observaba con el desdén silencioso de quien sabe que la calidad de una señal no depende de su volumen, sino de su pureza.

La Peregrinación del Compromiso

La jornada nos condujo fuera de la cafetería, en una procesión hacia el edificio central. Ustedes tenían asuntos pendientes con la burocracia académica: la actualización de las cartas de compromiso para la entrega de documentos. Mientras caminábamos bajo el sol, que tú sabes ahora que soy hater número 1 del sol, pues yo intentaba mantener mi posición a tu lado, buscando esa sintonía que el ruido de la cafetería nos había negado.

Fue entonces cuando la tensión se volvió física. Aquel impertinente, en un acto de desesperación que solo la inseguridad justifica, se interponía constantemente en nuestro camino. Se desplazaba con una torpeza calculada, metiéndose entre nosotros para quebrar nuestra cercanía, intentando generar una distancia que su mente creía salvadora. Yo, manteniendo mi compostura de "hombre de invierno", no descendí a la arena de su conflicto. Me limité a observar su agitación con la calma de un administrador de sistemas que detecta un proceso redundante y decide dejarlo agotarse por sí mismo.

Al llegar al edificio central, me vi en la posición de un observador externo. No tenía trámites que realizar, pero mi sistema ya no permitía el cierre de la sesión sin antes asegurar un resultado. Te aguardé en la quietud de los pasillos, apoyado contra la pared con la paciencia de una base de datos en espera de una consulta. Te veía moverte entre los cubículos, lidiando con firmas, y cada vez que tu mirada se encontraba con la mía a través de la puerta, sentía que la "frecuencia AM" de mi vida empezaba a recibir matices de una fidelidad desconocida. Mi tiempo, que siempre consideré mi recurso más valioso y escaso, se sentía bien invertido simplemente en la espera de tu retorno.

El Protocolo de Enlace (Handshake)

El clímax de aquella tarde se produjo en el umbral de salida del edificio. El aire era más fresco y la luz comenzaba a declinar, dándole a la universidad un tinte de melancolía que resonaba con mi interior. Estábamos a punto de tomar caminos distintos cuando tú, rompiendo cualquier protocolo de timidez que yo hubiera imaginado, realizaste la petición de conexión definitiva. Con una naturalidad que desarmó mis defensas más estrictas, solicitaste mi Instagram.

Aquel fue nuestro verdadero **Handshake**. En la ingeniería de redes, es el proceso donde dos sistemas negocian las reglas de su comunicación; para mí, fue el instante en que mi soledad dejó de ser un baluarte para convertirse en una frontera abierta. Te entregué mi contacto con una mano que, aunque firme por fuera, delataba por dentro el inicio de un cambio de paradigma. Tus amigos y tú, con esa ligereza, me invitaron a continuar otro día una reunión social, pero mi sistema exigía un reinicio inmediato.

Me excusé bajo el pretexto de un viaje inminente a la Ciudad de México. Aunque el viaje era real, mi partida era también una huida estratégica. No soportaba la idea de compartir aquel primer chispazo de conexión con un entorno que me resultaba ajeno y con amistades cuya frecuencia no sintonizaba con mi búsqueda de virtud y seriedad. Necesitaba el aislamiento de la carretera, el rugido del motor y la soledad del asfalto para procesar el hecho de que, por primera vez en mi vida, alguien había logrado solicitar acceso a mis capas más profundas de información sin que yo sintiera el deseo de denegarlo.

Reflexiones en la Autopista

Al otro día, mientras conducía hacia la Ciudad de México, el silencio de la cabina se volvió el escenario de un debate interno feroz. Mi postura conservadora, siempre vigilante, me advertía sobre los riesgos de este enlace. ¿Cómo podía yo, un hombre formado en la dureza de la autosuficiencia absoluta, permitir que una mujer que parecía deleitarse en el caos de lo social se convirtiera en mi foco de atención? Las imágenes de la tarde anterior se repetían en mi mente como un ciclo infinito: tus ojos en la cafetería, el estorbo impertinente de tu amigo, y finalmente, la valentía de tu pregunta en el edificio.

Me recordaba a mí mismo que buscaba a la madre de mis hijos, a una compañera de valores inamovibles, y mi prejuicio intentaba convencerme de que tú no encajabas en ese molde. Sin embargo, cada vez que intentaba descartarte como "ruido", el recuerdo de tu resplandor invalidaba mi lógica. Comprendí que mi rechazo hacia tus amigos no era solo una cuestión de gustos, sino un mecanismo de protección; quería que nuestra frecuencia fuera exclusiva, libre de la estática de un mundo que no me comprendía. Aquella noche, al entrar en la gran ciudad, no miraba los rascacielos; miraba la pantalla de mi teléfono, esperando que el protocolo de enlace que habíamos iniciado diera paso a la primera transferencia de palabras que cambiaría mi invierno para siempre.

El Protocolo de la Conexión



Protocolo de Enlace (Handshake)



Es el proceso formal y automatizado mediante el cual dos sistemas establecen las reglas de su comunicación antes de proceder al intercambio de información valiosa. Asegura que ambos reconozcan su identidad y sincronicen sus frecuencias bajo un marco de seguridad mutua.

Durante mucho tiempo, mi puerto de comunicación permaneció sellado ante el mundo, protegido por una arquitectura de soledad y desconfianza. Sin embargo, aquel encuentro en los pasillos fue mi **Handshake** definitivo.

A pesar del ruido impertinente de terceros y de mis propios prejuicios conservadores, tu petición de contacto fue la señal de sincronización que mi sistema aguardaba en secreto. Entregarte mi nombre no fue un simple acto social, sino la apertura de mi cortafuegos; el momento en que mi razón aceptó que, a partir de ese instante, toda mi existencia solo cobraría sentido si era sintonizada con la tuya.



El Ruido



Se define como cualquier señal no deseada que se mezcla con la señal principal, degradando la calidad de la información y dificultando la claridad de la transmisión. En un entorno de red, el ruido excesivo puede provocar la pérdida de paquetes de datos y el colapso de la conexión.

En mi historia, el ruido tomó la forma de aquel joven impertinente que, movido por un interés mundano, intentó sabotear nuestro primer enlace en la cafetería. Él representaba todo aquello que mi postura conservadora rechazaba: el caos, la falta de decoro y la interrupción de la virtud.

Su presencia entre nosotros era una interferencia que intentaba distorsionar la pureza de la señal que yo intentaba enviarte. Sin embargo, aprendí que ninguna interferencia es lo suficientemente poderosa cuando el emisor y el receptor están destinados a sintonizar en la misma frecuencia.



Ancho de Banda (Capacidad Emocional)



Es la medida de la capacidad máxima de un canal de comunicación para transmitir datos en un tiempo determinado. Un ancho de banda limitado restringe la cantidad de información que se puede procesar simultáneamente, provocando cuellos de botella ante estímulos externos intensos.

Yo vivía con un ancho de banda extremadamente limitado, reservado exclusivamente para mis estudios, mis proyectos de ingeniería y mi propia supervivencia financiera. No permitía que ninguna variable emocional consumiera mis recursos. Pero tú llegaste para demostrarme que mi sistema era capaz de procesar mucho más de lo que imaginaba. Al verte en la cafetería, mi ancho de banda se expandió por completo; ya no me importaba perder el tiempo o retrasar mis planes, porque toda mi capacidad de procesamiento estaba dedicada a un solo objetivo: descifrar el misterio de tu presencia.

Capítulo 3

El Eco de la Ausencia

La Iniciativa del Emisor

El trayecto hacia la Ciudad de México se presentó ante mí como un desierto de asfalto y reflexiones. Conducía mi camioneta con la precisión que mi formación técnica me exigía, pero mi mente, habitualmente gobernada por leyes lógicas e inamovibles, se encontraba sumida en un desorden impropio de mi carácter. La soledad de la cabina, que en otros tiempos fuera mi refugio más sagrado, se sentía ahora como un vacío que reclamaba ser llenado.

En el asiento del copiloto reposaba mi dispositivo móvil. Ya no era "Eduardo", aquel nombre fruto de la travesura de mis amigos; en la cafetería, con la rectitud que mis principios me dictaban, me había asegurado de que supieras mi verdadero nombre: Jose. Sin embargo, poseer tu contacto de Instagram era una responsabilidad que pesaba en mi mano. Me debatía en una lucha interna propia de las almas que temen perder su independencia: por un lado, mi orgullo de ingeniero me instaba a mantener una latencia prolongada para no demostrar la urgencia de mi interés; por otro, el magnetismo de tus ojos café me empujaba a ser yo quien iniciara la transferencia de datos.

La metrópoli me recibió con su habitual indiferencia, un caos de luces y sombras. Me encontraba físicamente en la capital, cumpliendo con los deberes que me habían servido de excusa para retirarme de tu círculo, pero mi espíritu permanecía anclado en los pasillos de la universidad. Sabía que, si deseaba que esta conexión prosperara, el primer paquete de información debía salir de mi terminal.

El Escrutinio del Perfil

Instalado finalmente en mi estancia, me permití la debilidad de explorar tu perfil digital. Aquella plataforma se convirtió en el salón de baile donde, en silencio, comencé a observar los matices de tu vida. Cada imagen tuya era una revelación que desafiaba mis prejuicios conservadores. Veía tu resplandor en cada sonrisa, pero también observaba con suspicacia tu convivencia en aquel mundo de fiestas y bullicio que yo tanto temía.

Mi postura, siempre inclinada a la búsqueda de una virtud casi monacal, me hacía cuestionar la seriedad de este enlace. ¿Podría una mujer que se movía con tanta gracia en ambientes que yo consideraba "ruido" ser la guardiana de la paz que yo anhelaba para mi futuro hogar? Mi mente técnica intentaba clasificar tus publicaciones como variables de una ecuación que aún no sabía resolver. Me recordaba a mí mismo que buscaba a alguien con quien construir algo serio, y mi soberbia intentaba convencerme de que nuestras frecuencias eran incompatibles.

A pesar de mis dudas, la atracción era innegable. No podía ignorar que, detrás de la diversión, había una luz de autenticidad que mi invierno necesitaba desesperadamente. La noche en la Ciudad de México avanzaba, y yo preparaba el valor necesario para romper el silencio, consciente de que, al hacerlo, estaría invitándote a entrar en el sistema operativo de mi vida privada.

El Primer Mensaje

Fue mi mano la que, finalmente, venció a la duda. Redactar aquel primer mensaje de Instagram fue un ejercicio de caligrafía digital y diplomacia. JAJAJA ambos sabemos que no fue así. Cada palabra fue pesada y analizada para que no revelara la magnitud del impacto que habías causado en mí, pero que fuera lo suficientemente clara para demostrar que Jose —el hombre serio— no te había olvidado.

Al presionar "enviar", sentí que había iniciado un proceso sin retorno. La espera de tu respuesta se convirtió en el periodo de latencia más angustiante de mi vida. Cuando finalmente llegó la notificación, mi corazón, ese motor que yo creía gobernado exclusivamente por la razón, aumentó sus revoluciones de forma alarmante. No eras una extraña hablándole a un tal "Eduardo"; eras Xóchitl respondiéndole a Jose, y esa transparencia me brindaba una extraña paz en medio del caos.

Empezamos a intercambiar mensajes, y con cada respuesta, sentía que los muros de mi "invierno" comenzaban a presentar grietas irreparables. Hablamos de aquel día en la cafetería, del impertinente amigo que intentó separarnos y de la curiosidad que ambos sentíamos. Con cada línea de texto, tu frecuencia "FM" comenzaba a sintonizar con mi señal, demostrándome que el amor no requiere de algoritmos complejos, sino de la **voluntad de ser escuchado**.

Sintonía en la Distancia

Esas noches, a muchos kilómetros de distancia, nuestra conexión se volvió más real que cualquier presencia física. A pesar de mis miedos sobre tu estilo de vida y mis propias cicatrices de soledad, el diálogo fluía con una naturalidad que desarmaba mi ingeniería social. Comprendí que mi viaje a la Ciudad de México no había sido una huida, sino el espacio necesario para darme cuenta de que mi sistema ya no podía funcionar en modo solitario.

Me dormí con el teléfono cerca, ya no como una herramienta para mis proyectos, sino como el puente que me unía a la única señal que ya no quería ignorar.

El "ruido" de tus amistades y mis prejuicios conservadores seguían ahí, pero ahora eran solo interferencias lejanas en una transmisión que se volvía cada vez más clara.

Habíamos completado el protocolo de enlace, y yo, el arquitecto de la soledad me encontraba ansioso por ver qué nuevas estructuras construiríamos juntos al vernos otra vez.



El Paquete Inicial (Primer Mensaje – First Message)



En redes, es la primera unidad de información que se envía para verificar si un destino está disponible y dispuesto a establecer una comunicación. Si el paquete se pierde o no es respondido, la conexión nunca llega a existir.

En mi historia, este paquete fue el mensaje que me atreví a enviarte. Fue un acto de vulnerabilidad donde deje de lado mi orgullo y mi soberbia para decirte que estaba presente. Recibir tu respuesta fue la confirmación de que mi señal no estaba viajando al vacío, sino que había encontrado un receptor capaz de descifrar mi código.

Capítulo 4

Sintonía en los Pasillos

La Interferencia del Tercero

El regreso a los pasillos de la universidad no fue el triunfo de sintonía que mi mente había proyectado durante el viaje. Al reencontrarnos físicamente, nos vimos envueltos en un protocolo de cortesía gélida y distante; nuestros encuentros se limitaban a breves saludos, meros intercambios de cortesía que apenas lograban ocultar la turbulencia que bullía bajo mi superficie. Mi sistema, habituado a la seguridad de la soledad, se encontraba bajo el ataque de una variable que no había sabido prever: la presencia de otro pretendiente.

Observaba, con una mezcla de desdén y zozobra, cómo un joven persistía en orbitar a tu alrededor. Mi juicio, siempre severo y de inclinación conservadora, no podía evitar cuestionar tu proceder: ¿Cómo era posible que una mujer de virtud permitiera tal asedio si su interés residía en otro? Los celos, ese ruido corrosivo que degrada cualquier señal, comenzaron a saturar mi ancho de banda. Hubo ocasiones en que la amargura vencía a mi decoro y me negaba incluso a devolverte el saludo, prefiriendo el silencio absoluto antes que aceptar una conexión compartida con un intruso. En mi lógica de ingeniero, un canal de comunicación solo es válido si es exclusivo; cualquier señal concurrente no es más que interferencia que invalida la integridad de los datos.

El Puerto de WhatsApp y las Confesiones

A pesar de las sombras, la comunicación digital encontró un puerto más profundo. Dejamos atrás la ligereza de Instagram para establecer un enlace vía WhatsApp, permitiendo que la transferencia de información fuera más constante e íntima. Fue en este entorno donde comencé a revelarte los fragmentos de mi "código fuente", es decir, como era realmente, también tras habernos platicado algunas cosas como mi paso por los propedéuticos del IPN en Querétaro y mi posterior retorno a las aulas del ITSOEH. Tú, con una paciencia que desarmaba mis defensas, te convertiste en una receptora excepcional; no interrumpías mi flujo de datos, simplemente escuchabas, permitiendo que mi historia encontrara, por primera vez, un lugar donde alojarse sin ser juzgada.

Sin embargo, el conflicto externo persistía. Recuerdo con especial hiel aquel día en que aquel joven, con una familiaridad que mi espíritu rechazaba, te dejó a mi lado tras lo que yo percibí como un abrazo de despedida. Mi sistema detectó una violación de seguridad inmediata. Aunque tú negaste con vehemencia aquel contacto físico, la sospecha quedó grabada en mi memoria como un sector defectuoso en un disco duro. Mi mente se convertía en un campo de batalla entre el deseo de confiar en tu sintonía y la evidencia de una señal que parecía oscilar entre dos emisores. Para un hombre que busca la seriedad de un compromiso eterno y la madre de sus hijos, la ambigüedad no es más que un error crítico que exige ser depurado.

La Fragilidad de la Paciencia

La tensión alcanzó su punto de saturación en un nuevo incidente. Mientras intentábamos entablar una conversación, aquel individuo se aproximó con la arrogancia de quien se cree dueño de la frecuencia. Con un lacónico «¿Estás ocupada?», te arrebató de mi lado sin que mediara resistencia efectiva de tu parte. En aquel instante, sentí que mi sistema se aproximaba a un colapso total. La soberbia me instaba a retirarme definitivamente, a cerrar todos los puertos y regresar a mi invierno de silencio; me negaba a ser una variable secundaria en un juego de indecisiones que mi moral conservadora consideraba indigno.

Tú me decías, en mensajes posteriores, que te «salvara» de aquel asedio que, según tus palabras, no era deseado. Mas mi lógica planteaba una interrogante ineludible: ¿Por qué no emitías tú misma la señal de rechazo? ¿Por qué permitir que el ruido continuara degradando nuestra conexión? Sentía que estabas jugando con las polaridades de mi afecto, manteniéndome en un estado de espera que agotaba mis recursos. Pero el magnetismo, esa fuerza que no atiende a razones ni a orgullos, me impedía desconectarme por completo. Sabía que debía realizar una acción definitiva, un comando de alta prioridad que expulsara la interferencia de una vez por todas.

La Sentencia del Tacto

El momento de la verdad se presentó en las escaleras de la universidad. Cansado de la ambigüedad y movido por una determinación que no conocía marcha atrás, decidí tomar el control de la transmisión física. Al encontrarte, y ver que este individuo estaba presente extendí mi mano y la entrelacé con la tuya frente a la mirada de todo el mundo. Fue una declaración pública de propiedad emocional, un cifrado que solo nosotros y el mundo debíamos entender: ya no estabas disponible para otras frecuencias.

Descendimos las escaleras con nuestras manos firmemente unidas. Allí, como una última prueba de mi resolución, nos topamos con aquel pretendiente. Al vernos, su sistema pareció quedar en un estado de pausa indefinida. Con una voz que delataba su derrota, solo pudo articular un débil: «¿Ya te vas?». Tú permaneciste a mi lado, y yo, con la firmeza de quien ha asegurado un enlace vital, no solté tu mano ni por un segundo. Aquel acto de posesión virtuosa fue el cortafuegos definitivo; el ruido cesó, la interferencia se desvaneció y aquel joven nunca volvió a intentar sintonizar con tu presencia. Habíamos superado la colisión de señales, y por fin, el canal estaba despejado para que nuestra verdadera historia comenzara.

El Sello de la Frente

Antes de que nuestras trayectorias se separaran aquella tarde de victoria sobre la interferencia, realicé un acto de una ternura que mi orgullo conservador raras veces permitía en público. Con la solemnidad de quien sella un pacto inquebrantable, me incliné hacia ti y deposité un beso en tu frente. Fue el bit de paridad que aseguraba que nuestro mensaje era auténtico. Tu reacción fue inmediata y fascinante: un flujo carmesí inundó tus mejillas, una respuesta térmica tan intensa que delataba que tu sistema, al igual que el mío, había sido profundamente alterado por la magnitud de nuestro enlace.

La Integridad de la Señal

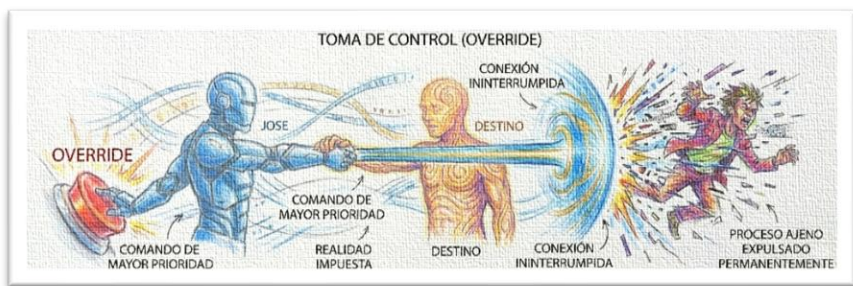


Interferencia Co-canal



Se produce cuando dos o más señales intentan utilizar la misma frecuencia simultáneamente, provocando una distorsión que impide que la información llegue con claridad.

En mi historia, la interferencia fue aquel tercero que intentaba ocupar el espacio que yo reclamaba para mí. Mi sistema no está diseñado para compartir el ancho de banda; para mi postura conservadora, la exclusividad es el único estándar aceptable. Superar esta interferencia exigió un acto de autoridad que marcara la sintonía única entre nosotros.



Toma de Control (Override)



Es una función que permite a un usuario con privilegios superiores interrumpir un proceso en curso para imponer un comando de mayor prioridad.

Tomarte de la mano frente a aquel joven fue mi comando **Override**. Fue el momento en que dejé de esperar a que el sistema se autorregulara y decidí imponer la realidad de mi afecto sobre el ruido externo. Al no soltarte, aseguré que la conexión fuera ininterrumpida y que cualquier proceso ajeno fuera expulsado permanentemente de nuestra frecuencia.

Capítulo 5

El Despliegue del Entorno Real

El Vértigo del Umbral

El trayecto de una hora que separa Atitalaquia de Mixquiahuala se transformó en el escenario de una batalla psicológica sin precedentes en mi historia personal. Me subí al transporte público con una rigidez impropia de un hombre que domina las máquinas; mis manos, habituadas a la lógica de los teclados y los circuitos, vacilaban sobre el asiento con un temblor que delataba un fallo crítico en mi sistema de seguridad. La soledad de la carretera, que siempre fue mi puerto de paz, se sentía ahora como un vacío que amplificaba mis miedos más profundos.

Llegué al extremo de una vacilación casi insoportable: mi mente, buscando desesperadamente protegerse de la vulnerabilidad, me instaba a abortar la misión. Estuve a punto de enviarte un mensaje para posponer nuestro encuentro, sugiriendo que cualquier otro día sería más propicio para mis nervios. Me aterrorizaba la idea de que, en el entorno de producción, mi señal no fuera lo suficientemente clara o que mi "invierno" —ese frío protector que había construido tras mis luchas pasadas— resultara gélido para tu resplandor. Sin embargo, el magnetismo que ya habías ejercido sobre mi alma fue el comando de alta prioridad que impidió la cancelación; comprendí que postergar el encuentro no era más que una latencia innecesaria en un destino que ya estaba escrito en nuestro código fuente.

La Sintonía de Mixquiahuala

A las tres de la tarde y cachito, bajo la mirada vigilante del centro de Mixquiahuala, nuestras señales finalmente colisionaron en el plano físico. Estabas ahí, ni siquiera te vi llegar, aunque escoltada por la sabiduría de tus abuelos, en ese instante, todo el ruido de mi inseguridad se transformó en un silencio reverencial. Nos sentamos en una de las bancas de la plaza, un nodo de quietud en medio del murmullo del mundo, donde intentamos sintonizar nuestras frecuencias después de tantos intercambios digitales.

Fue entonces cuando advertí un fenómeno fascinante: tú, que solías ser la frecuencia FM vibrante en los pasillos de la universidad, te habías convertido en un flujo de datos silencioso y reservado.

Ante tu timidez, mi propio sistema reaccionó activando una elocuencia inesperada. Me convertí en el único emisor de la tarde. Hablaba para llenar el vacío, pero también para demostrarte que, detrás de mi armadura de ingeniero de principios estrictos, había un hombre con una historia que deseaba compartir exclusivamente contigo. Tú escuchabas con una atención que me resultaba sagrada, validando cada palabra con el resplandor de tu mirada.

El Banquete del Pepperoni

La necesidad de sustento nos condujo hacia **Pizzas George**, un establecimiento que, a partir de esa tarde, quedaría registrado en mi base de datos emocional como el sitio de nuestra primera comunión.

Con una delicadeza que solo el inicio de un gran afecto justifica, decidimos compartir una pizza pequeña de pepperoni. Fue un momento de curiosa sincronía: ambos parecíamos haber desarrollado lo que popularmente llamamos "boca chiquita", un estado de optimización de recursos donde el apetito físico es suprimido por la intensidad de la emoción.

Cada porción de aquella pizza fue testigo de mis palabras constantes y de tus silencios cargados de significado. Mi ancho de banda estaba totalmente dedicado a observar tus gestos, la forma en que procesabas mis confesiones y la paz que emanaba de ti a pesar de tu callada actitud. Aquella comida no fue un simple trámite biológico, sino un protocolo de enlace donde el sabor del pepperoni se mezclaba con la esperanza de un futuro compartido. Tras la comida, nos permitimos una caminata por las calles de Mixquiahuala que si bien, no me gusta caminar, lo hice, dejando que la brisa de la tarde terminara de disipar los últimos restos de mi nerviosismo inicial, preparándonos para el encuentro con tu santuario familiar.

El Beso en el Santuario

La noche cayó sobre nosotros mientras te llevaba de regreso al hogar de tus abuelos. Lo que debía ser una despedida en el umbral se transformó en una invitación a cruzar la frontera de tu privacidad. Conocí a tu abuela, cuya presencia me brindó la validación externa que mi postura conservadora tanto valora; saber que ella descansaba tranquila al verte regresar bajo mi cuidado fue el protocolo de seguridad final que necesitaba mi espíritu para sentirse en casa. Su bendición implícita fue el permiso que mi lógica buscaba para rendirse por completo.

Nos sentamos en el sillón de la sala, en una proximidad que hacía que nuestras señales se entrelazaran sin necesidad de palabras. Allí, en la paz de ese hogar, el diálogo se volvió más profundo y pausado; ya no hacían falta mis relatos largos, pues el silencio entre nosotros era ahora una conexión de alta fidelidad. Y entonces, antes de que el tiempo me obligara a emprender el regreso a mi casa en Atitalaquia, ocurrió el milagro: nos dimos nuestro primer beso. Fue un enlace de una fidelidad absoluta, una transferencia de sentimientos que ningún cable o fibra óptica podría jamás igualar. Al marcharme bajo la luna, supe que mi "invierno" había terminado para siempre; ya no era un emisor solitario, sino parte de una red binaria donde tú eras, y serías siempre, el nodo central de mi felicidad.

El entorno de producción

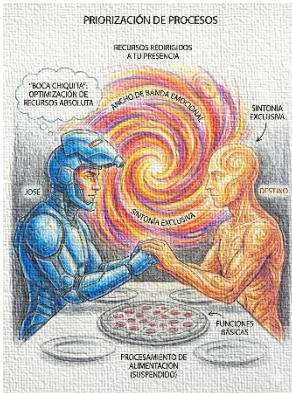
Pánico de Despliegue



Es el estado de inestabilidad crítica que experimenta un sistema justo antes de ser lanzado al entorno real tras haber superado las pruebas en un entorno controlado. Se manifiesta como un deseo impulsivo de abortar el proceso por temor a que la infraestructura no soporte la carga de la realidad.

Durante el trayecto de Atitalaquia a Mixquiahuala, mi sistema sufrió este fenómeno. El miedo a no ser suficiente para tu resplandor casi me lleva a enviar aquel mensaje de cancelación, buscando refugio en la latencia de "otro día". Sin embargo, aprendí que el pánico de despliegue no es un error de código, sino la señal de que lo que está por ejecutarse es lo más importante que el sistema ha procesado jamás.

Priorización de Procesos



Ocurre cuando el núcleo de un sistema redirige todos sus recursos y energía a una sola tarea de alta prioridad, dejando en estado de suspensión funciones básicas como el procesamiento de entrada de datos físicos (alimentación).

En la pizzería, frente a aquella pizza de pepperoni, experimentamos una optimización de recursos absoluta. Nuestra "boca chiquita" no era más que mi sistema emocional reclamando todo el ancho de banda disponible para procesar el milagro de tu presencia. No necesitábamos sustento físico cuando nuestras almas estaban teniendo su primer banquete de sintonía exclusiva.

Validación de Retorno



Es el protocolo de seguridad mediante el cual una autoridad central confirma que un paquete de datos ha regresado a su nodo de origen de forma íntegra y segura, eliminando cualquier estado de alerta en el sistema.

Conocer a tu abuela y recibir su validación fue el cierre de seguridad que mi postura conservadora anhelaba. Escuchar que su "pendiente" se disipaba al verte regresar conmigo fue la certificación oficial de que mi trato hacia ti cumplía con los más altos estándares de virtud y respeto que ambos valoramos.

Punto de Restauración



Es un estado guardado en la memoria del sistema al que siempre se puede volver para recuperar la integridad y la paz, marcando un antes y un después en la configuración global del equipo.

Nuestro beso en aquel sillón fue mi punto de restauración definitivo. En ese instante, cualquier rastro de mi "invierno" o de mis dudas pasadas fue sobreescrito por una nueva versión de mi existencia. Fue el enlace que le dio propósito a mi ingeniería y sentido a mi soledad, un beso que quedó grabado en mi código fuente para siempre.

Capítulo 6

El Despertar del Invierno

El lunes siguiente a nuestro primer beso, la universidad no era el mismo edificio de muros marrones y rutinas monótonas que yo solía habitar.

Al cruzar los pasillos, sentí que mi corazón, antes blindado por una frialdad que yo llamaba prudencia, se abría paso con una fuerza nueva.

Ya no caminaba solo; caminaba contigo, y aunque el mundo aún no nos llamaba "novios", mis ojos no sabían mirar hacia otra dirección que no fuera la tuya. Estaba (y aun estoy) profundamente enamorado, perdido en esa dulzura que solo tú sabes irradiar.

En esos días, aprendí que para amarte como mereces, debía despojarme de mi armadura. Comprendí que no podías estar al lado de un hombre de hielo, y comencé a descubrir mi propio lenguaje para decirte cuánto te quería. Empecé a molestarte con esa ternura juguetona que nos caracteriza, ese roce suave de hombros mientras caminábamos, una travesura que escondía un deseo inmenso de protegerte y estar cerca de ti.

Ya no éramos extraños, éramos dos almas que se buscaban en cada rincón, saboreando la antesala de un destino compartido.

Capítulo 7

Secretos Entre Libros y Sándwiches

Una vez tuvimos un encuentro en la biblioteca que se convirtió en mi refugio favorito. Te cite temprano, con el pretexto de compartir unos sándwiches que preparaba pensando en ti, esos con un buen de mayonesa, pero la verdadera razón era el hambre que tenía de conocer tu mundo. En el silencio de ese recinto, rodeados de historias ajenas, tú comenzaste a confiarme la tuya, la más valiosa de todas.

Te escuché con el alma en vilo mientras me hablabas de tu hogar, de tus abuelos y de la fortaleza de tu madre, quien con su trabajo sostenía tus sueños. Me dolió saber de aquel padre que se marchó cuando apenas eras una niña, dejándote un vacío que aprendiste a llenar con valentía.

Entendí entonces que tu retraso en la carrera no fue un descuido, sino el sacrificio de una mujer que tuvo que tomar otros caminos para no rendirse. Al conocer tus dolencias, mi admiración por ti creció hasta volverse infinita. Ya no solo quería ser tu amor; quería ser el puerto seguro donde pudieras descansar de todas tus batallas.

Capítulo 8

Leonel y el Silencio de los Nervios

Llegó un momento en que mi pecho ya no podía contener más lo que sentía. Quería que fueras mía ante el cielo y la tierra, pero los nervios, esos traidores que aparecen cuando más nos jugamos la vida, me jugaron una mala pasada. Te cité en un salón, decidido a pedirte que fueras mi novia, pero mi voz se quebró antes de nacer. Yo, que siempre me creí tan seguro, me vi reducido al silencio por la magnitud de mi amor por ti.

Así que tuve que posponer esa vez...

Salimos otro día y... Fue entonces cuando te entregué a **Leonel**. Ese pequeño león de peluche no era un simple juguete; era mi compañero de soledades, el que me había acompañado en mis noches de estudio y el que conocía todos mis secretos. Al dártelo, te estaba entregando mi amuleto de la suerte, el cariño invaluable que le tenía a ese testigo de mi vida. Quería que él te dijera lo que mi voz no pudo en aquel salón, que cuidara de ti cuando yo no estuviera y que fuera el guardián de la promesa que mi corazón ya te había hecho en silencio.

Capítulo 9

04/10/24

Hay fechas que se escriben en el calendario, y hay fechas que se tatúan en el alma con tinta de fuego y ternura. El **4 de octubre** no fue un día más; fue el día en que mi existencia, por fin, encontró su norte.

Recuerdo el aire fresco de aquella tarde acariciando el parque de tu colonia, ese aroma a tierra, pasto y a promesa que se colaba por las ventanas de mi camioneta. Por fuera, yo intentaba mantener la compostura de siempre, pero por dentro, mi pecho era un incendio indomable de dudas y anhelos. Te miraba de reojo y sentía que el aire me faltaba, porque sabía que lo que estaba a punto de suceder marcaría un antes y un después en mi vida.

Antes de regresar a tu casa, te presenté a **Leonel**. Sé que para el mundo es solo un pequeño león de peluche, pero para mí, era entregarte mi tesoro más sagrado. Él fue el guardián de mis silencios, el que me escuchó cuando no tenía a nadie y el que fue testigo de cómo mi corazón empezó a latir por ti mucho antes de que yo me atreviera a decírtelo. Dártelo fue decirte, sin palabras: *«Aquí tienes mi suerte, aquí tienes mi compañía de años, aquí tienes mi fragilidad... cuidala, porque ahora te pertenece»*.

Finalmente, nos fuimos a tu casa y en mi cabeza no sonaba otra cosa más que ruido de los nervios indomables que tenía, no quería hacerlo otro día, ni en otro momento porque no quería que sintieras que estaba jugando contigo. Así que finalmente llegamos y entramos en la intimidad de tu sala. La noche nos envolvía en un abrazo cómplice, y el silencio entre nosotros era tan dulce que dolía. Sentí un vértigo que nunca había conocido; dejé de lado el miedo, dejé de lado mi armadura de hombre serio y frío, y te miré como nunca había mirado a nadie. Con la voz temblando por la magnitud de lo que sentía, te hice la pregunta que mi alma llevaba gritando:

«¿Quieres ser mi novia?»

Cuando tus labios pronunciaron ese «sí», aaaa sentí que el universo, después de tanto caos, finalmente encontraba su orden perfecto. En ese instante, el tiempo se detuvo. Nos fundimos en un abrazo que me hizo sentir que, por primera vez en mi vida, estaba en casa. Y ese beso... ese beso bajo el amparo de tu hogar no solo selló nuestra historia, sino que borró cada invierno de mi pasado.

Acepté con humildad, con lágrimas contenidas, que, aunque a veces me cueste ser expresivo, mi vida entera ya te pertenecía. No importaba lo que hubiéramos pasado, las dudas o las sombras; desde ese 4 de octubre, el reloj del mundo dejó de importar. Ahora, solo existía una historia que valiera la pena contar: la nuestra. Me fui a casa emocionado y cuando llegué y me fui a dormir, dormí sabiendo que el hombre que llegó a esa sala ya no existía, porque ahora vivía únicamente en el refugio de tu amor.

Epílogo

Al llegar al final de este viaje por nuestras memorias, quizás te preguntes por qué decidí entrelazar nuestra historia con el lenguaje de mi profesión. La razón es tan sencilla como profunda: quería entregarte las llaves de mi mundo. A menudo se piensa que el romance solo habita en los poemas o en las flores, pero para mí, el amor también reside en el deseo de que la persona que amas vea el mundo con una luz más amplia, más brillante y profunda.

Expandir el conocimiento del otro es, en esencia, uno de los lenguajes de amor más puros que existen. Si decidí contarte nuestro camino a través de la ciencia, no fue por frialdad, sino por un deseo ardiente de que conocieras los cimientos de mi alma. Quería que entendieras cómo funciona el motor de mis pensamientos, para que cuando caminemos juntos, no solo compartamos el trayecto, sino también la forma en que yo percibo el universo. Antes mi mente solía buscar el orden y la lógica, pero contigo, esa lógica se transformó en una devoción que no conoce límites.

Entregarte estos conceptos fue mi manera de decirte: *"Te amo tanto que quiero que hablemos el mismo idioma, que entiendas por qué vibro cuando te veo y por qué mi sistema se detiene cuando me faltas"*. Ha sido mi forma de invitarte a pasar detrás de mis cortafuegos y mostrarte el "código fuente" de todo lo que soy. Porque el amor no es solo sentir; es tener la generosidad de compartir la sabiduría que me apasiona para que el otro sea más grande, más libre y consciente.

A través de estas páginas, hemos recordado verdades que ahora tienen un significado eterno para nosotros:

- **El Silicio:** Que dejó de ser un elemento inerte para convertirse en la base de una vida que tú viniste a encender con tu chispa.
- **Las Frecuencias:** Porque antes de ti yo vivía en una señal plana y monótona, hasta que tu frecuencia vibrante me enseñó que la vida tiene infinitos matices.
- **El Protocolo de Enlace:** Ese momento sagrado en los pasillos de nuestra universidad donde mis miedos se rindieron ante la necesidad de conectar con tu alma para siempre.
- **La Vulnerabilidad como Sabiduría:** Entregarte a Leonel, mi guardián de la suerte fue confiarte mi historial de vida para que tú fueras mi victoria presente.

Xóchitl, este libro es la prueba de mi transformación. Pasé de ser aquel hombre de "hielo", rígido y a veces demasiado frío, a ser alguien que hoy no concibe un futuro si no es a tu lado. Gracias por la paciencia que tuviste durante nuestras discusiones, por enseñarme que la confianza es un puente que se construye día a día y por demostrarme que, aunque estemos lejos físicamente, el magnetismo de nuestros corazones era una ley que ni la distancia ni el orgullo podrían romper.

Aprendimos que nuestro amor es una constante evolución; como un sistema que se optimiza con cada error, usamos nuestras diferencias para volver nuestro vínculo inquebrantable. Como aquel 4 de octubre, cuando aceptaste ser mi novia, fue nuestra gran actualización: el día en que todas las piezas encajaron y mi sistema operativo se reinició con una sola prioridad: hacerte feliz.

Gracias por ser la mejor alumna de mi corazón y la maestra más dulce de mi vida. Gracias por aceptar que mi forma de amarte incluye el deseo de que siempre sepas un poco más y que siempre veas un poco más allá. Este libro termina aquí, en el inicio de nuestro noviazgo, pero nuestra educación mutua será eterna. Seguiré expandiendo tu mundo, así como tú has expandido el mío, porque mientras haya algo nuevo que aprender, habrá una nueva razón para amarnos.

Hoy te entrego esta historia no como un punto final, sino como el primer volumen de una eternidad que apenas comienza. Te amo por la luz que encendiste en mi interior y que ya nada podrá apagar.

Feliz navidad amor.



El hombre que más te ama, Jose.

Agradecimientos

A **Xóchitl**, por ser la paciencia hecha mujer y por no rendirme conmigo cuando mi silencio parecía inexpugnable. Gracias por inspirar cada una de estas líneas y por permitirme descubrir que el amor es el proyecto más ambicioso y hermoso de mi vida.

Y a ti, lectora de mi vida, por aceptar este libro no solo como un regalo, sino como una promesa de que siempre buscaré nuevas formas de decirte cuánto te amo.

Esta obra, titulada *Lo que vi en tus ojos (y no me supe explicar)*, se terminó de redactar en el mes de diciembre del año 2025, en Hidalgo. Fue escrita por la mano de Jose Manuel Cortes Cerón, con el corazón puesto en cada recuerdo y la esperanza fija en un futuro al lado de su musa.

Impreso para una sola edición única e irrepetible, destinada al corazón de Xóchitl.

He dejado estas páginas en blanco porque nuestra historia no terminó aquel 4 de octubre. Estos folios están esperando ser llenados con nuestros próximos viajes, nuestras risas, los desafíos que venceremos juntos y el amor que seguirá creciendo día con día.

Son para nosotros, para que las escribamos juntos.

En el silencio de un aula y el reflejo de un espejo retrovisor, comenzó una historia que desafió todas las leyes de la física, y como no, las de la lógica.

Jose Manuel siempre creyó que la vida se regía por sistemas, códigos y una reserva propia de quien ha hecho de la soledad su fortaleza. Sin embargo, no contaba con que una frecuencia vibrante y llena de luz cruzaría su camino.

Lo que vi en tus ojos (y no me supe explicar) no es solo la crónica de un noviazgo que floreció un 4 de octubre; es el testimonio de un hombre que decidió derretir su invierno para aprender a hablar el lenguaje del alma. Entre sándwiches en la biblioteca, confesiones y el resguardo de recuerdos, estas páginas narran el viaje de dos mundos distintos que decidieron sintonizar en la misma frecuencia.

En este libro, la técnica se vuelve ternura y el conocimiento se convierte en devoción.



*Espero que te haya gustado el primer volumen
del libro, lo hice con mucho amor.
Te ama, Jose.*